El aprendan las enseñanzas divinas para el arreglo de la vida, que es preparación para el viaje de la eternidad.

¡Oh José! ¡Oh celeste guía de las almas interiores!, la tierra está desolada con yerma desolación, porque no hay ninguno que recoja el espíritu y se dé á pensar en los eternos bienes. *Desolatione desolata est omnis terra, quia nullus est qui recogitet corde* (1). Ruega al Señor, ¡oh casto esposo de María!, que nosotros gustemos de las delicias de la vida escondida en Cristo y nos volvamos otros tantos apóstoles, que á hora y á deshora increpemos y roguemos al mundo disipado que se *acuerde de sus potrimerías, para no pecar jamás* (2); porque de esta manera, al salvar las almas de nuestros prójimos de la eterna ruina, entraremos gananciosos y acompañados de nuestros amigos en el glorioso festín de la eternidad. Amén.

---

(1) Jerem., XII, 11.
(2) Eccl., VII, 40.

SEGUNDO DOLOR Y GOZO

DEL PATRIARCA SAN JOSÉ

El establo. — Los ángeles.

Si tamen compatimur, ut conglorificemur.
Pero si padecemos con El, es para que seamos también con El glorificados.
(A los Romanos, cap. VIII, 17.)

El dolor es un círculo de hierro que ciñe y aprieta á la humanidad. Nadie se escapa de su circunferencia, y aquel que más se afana en evadirse es el más atraído á su centro. Considerando, pues, éstas como leyes de atracción y repulsión del dolor, podemos decir que la humanidad es á manera de un gigante, que en vano hace esfuerzos supremos por romper los hierros de la prisión en donde gime. Y así como el esclavo, que menos se agita y se revuelve por romper sus inquebrantables cadenas, no sufre en tanto grado como el que inútilmente se maltrata por hacerlas pedazos; así el justo, que sufre con paciencia el dolor, no es tan atormentado, en iguales circunstancias, como el pecador que no quiere llevar sobre sus hombros la cruz del dolor y de por fuerza la lleva. Pero el mundo anda tocado de locura y viene, hace mu-

chos siglos, trabajando por soltar el peso del dolor, sin conocer que, cuanto mayores son sus esfuerzos por dejarlo, eso más tiene de trabajos y fatigas.

El pobre siente sobre sus hombros, con enorme pesadumbre, la carga terrible de su pobreza, y anchas gotas de sudor caen de su frente, que riegan la tierra, donde se afana por soltar el peso de su miseria. ¡Dichoso él, si aquellas fatigas las llevara con ánimo igual y estuviera su corazón satisfecho, cuando el fruto de su trabajo le diera para vivir! Pero ambiciona más; desea arrojar lejos de sí los instrumentos del trabajo y tener vida holgada y cómoda; porque sueña que en esa otra esfera de vida no hay miserias ni dolores; desea no hacer nada, desea soltar la cruz del trabajo. Y la suelta, cristianos, ó la cree soltar, unas veces para morir en la miseria, abrumado bajo el peso del hambre ó el desconsuelo, y otras, para morir en un suplicio, terrible cruz que se ha ido formando, cada vez más grande, con la luenga cadena de sus crímenes.

El rico vuela tras los placeres y se afana por inventar horas de ventura; porque en ellas juzga que ha de aliviarse del peso de los cuidados, que le despiertan y le oprimen, de los sueños en que cree que le roban y de la mala fortuna que desbarata los planes de la codicia. Y toma en la una mano la copa del placer, al par que con la otra parece que deja la cruz de sus riquezas y apura hasta las heces la amargura del deleite y cae rendido bajo el peso de dolorosas enfermedades y agudos remordimientos, y viene, al cabo, á morir crucificado en la funesta cruz de su mala conciencia.

El hijo de familia desea salir de la potestad de sus padres, que es la más dulce potestad; porque le abruma el peso de la obediencia, que ha de prestar; y se liga con los vínculos del matrimonio; porque juzga que, como en su casa ha de ser rey, no le han de cercar pesares, ni mano ha de haber que le reprima en sus deseos; y muy luego

cae sobre sus hombros la cruz del matrimonio que, cuando no se hace con los fines que la Iglesia manda, es la más pesada de todas las cruces.

Y así anda el mundo, huyendo siempre de la cruz del dolor y siempre la lleva sobre la espalda. El que no tiene nombre, cree carga pesada la obscuridad en que vive y sube al monte, lleno de abrojos y de agudas peñas, de la política ó de la ciencia, para morir en la cima, crucificado por la gloria. El vasallo quiere ser rey por no obedecer á un hombre, y el rey querría ser vasallo por no obedecer á los hombres de toda una nación. ¡Oh dolor, oh dolor, y cómo pesas sobre la humanidad culpable que, proscripta del cielo, huye de ti por sendas extraviadas, como un niño de un espectro! Pero tú, ¡oh dolor!, por doquiera le sigues, porque eres la atmósfera que respira, el mar encrespado por donde navega, la obscura prisión en donde vive, la peste que diezma su hogar, la guerra que lo enluta, el puñal que lo hiere, la flaqueza de su memoria, la obscuridad de su inteligencia, la desidia de su voluntad, el deleite que sueña, el amor por que suspira, la mano que le roba y la enfermedad que le mata.

¡Oh humanidad! ¿Adónde vas, corriendo del dolor, si á Dios no te encaminas? Ven á El y aprende sus caminos, y apártate de las vías de iniquidad, donde continuamente se fraguan nuevo género de penas para el alma pecadora. Ven á los Tabernáculos de Sión, y allí verás cómo tus duelos se convierten en gozo y tus pesares en alegría. Ven, y aquí el ejemplo de los que lucharon, recibiendo aun en esta vida el galardón, engendrará en ti deseos de despojarte de las ricas vestiduras, con que buscabas el placer, tropezando con la desventura, y de vestirte con las punzantes ropas con que se va en pos de la mortificación y de los padecimientos, encontrándose, faz á faz, con el manso placer del alma y la cándida luz de la gloria. Ven y verás cómo no hay otra suerte de padecimientos más hondos, que los que se sufren por amor

de Dios, ni otra manera de gozos más dulces que aquellos con que Dios remunera estos dolores.

Y ved cómo se ha venido á las manos el pensamiento que he de desarrollar, si vuestra benevolencia no me falta y las luces de Dios vienen en mi ayuda.

El dolor de José por ver á Jesús envuelto en pobres pañales es recompensado por el inmenso gozo de contemplarlo, aclamado por los ángeles y adorado por los pastores y reyes. *Si tamen compatimur ut et conglorificemur*. Primera parte.

La acción purificante de los dolores prepara el camino para los goces verdaderos y eternos. *Si tamen compatimur ut et conglorificemur*. Segunda parte.

He propuesto:

AVE, MARÍA.

I

El establo.

Si tamen compatimur, etc...
Pero si padecemos con El...

Propter Sion non tacebo et propter Jerusalem non quiescam, donec egrediatur ut splendor Justus ejus, et Salvator ejus ut lampas accendatur. «Por Sión no callaré y por Jerusalén no sosegaré, hasta que salga su Justo como resplandor y su Salvador sea encendido como antorcha (1).» Así dice Isaías en aquel libro que de tristes vaticinios está escrito; así dice sintiendo cómo le abrasa el corazón el amor por la gloria de su pueblo y por la gloria de su Dios. Deseaba él ardientemente, poniendo su espíritu en los días de tribulación del pueblo judío, ver nacer al Justo de Judá como un sol esplendoroso, que con los rayos de su luz acabara con todas las tinieblas y convirtiera en fecundantes ríos la nieve de las montañas, imagen expresiva de la soberbia.

Y el Justo es nacido ya; pero en tales condiciones de probreza, que su casa es un establo, su cuna un pesebre, y humildemente reclinado sobre pajas, el frío hace asomar á sus ojos, abiertos para llorar y jamás para reir, las primeras lágrimas del dolor.

Y como nace apartado del mundo, en la profundidad de un valle, entre las inciertas sombras de una casa abandonada, cuando más alta va la luna y es más hondo el sueño de los hombres, José, el ser extraordinario, que guarda

(1) Isai., LXII, 1

en su corazón los secretos del Altísimo, el que está deputado para guarda de su Señor, siente en su corazón el frío de aquel niño Dios que llora; la pobreza que le rodea pone en tortura sus dulces sentimientos, y el abandono y solitario aislamiento en que nace, á su ánima hacen hablar de esta manera: «Por tu gloria, ¡oh príncipe de Sión!, no callaré, ni mi corazón sosegará hasta que resplandezcas y seas tenido como antorcha luminosa por la ingrata Jerusalén. ¿Cómo duermen los hombres, cuando tú vienes á redimirlos? ¿Cómo se cierran las puertas de sus casas, cuando tú bajas á la tierra para abrirles las de tu eterno palacio? ¿Y cómo yo, á quien tu divino Padre te confía, no subo á los montes, no cruzo las calles de la ciudad y doy voces diciendo: *ya Dios envió el Cordero dominador de la tierra* (1); *ya las nubes llovieron al Justo y la tierra ha producido al Salvador* (2). Levántate, ¡oh la mística esposa del Cantar de los Cantares!, que ya se han cumplido tus deseos, *que ya tu hermano es nacido y está lactando en los pechos de la madre; ya lo puedes abrazar y nadie te despreciará,* que tienes á Dios por hermano (3). Venid á prepararle digna morada, porque *las aves tienen sus nidos y las raposas sus cuevas, y el hijo del Hombre no tiene donde reclinar su cabeza* (4).

José siente, cristianos, dos maneras de dolor: una, por ver en la pobreza al Hijo de María, y otra, por ver al Hijo de Dios envuelto en tan míseros pañales. El segundo de estos dolores, nacido del amor á Dios, encarna en el primero y lo engrandece; y el primero, dimanado del amor á aquel niño que ha sido puesto en sus brazos por especial providencia, presta al segundo su corazón para que sufra, sus ojos tristes para que mire y sus lágrimas para que llore. Del uno es la pena y del otro la resignación.

(1) Isai., XVI.
(2) Id., XLV, 8.
(3) Cant, VIII.
(4) Math., VIII, 20.

El Hijo de María, pobre, desnudo, temblando de frío, pone la amargura en su corazón; el Verbo de Dios encerrado en tan débiles miembros, reclinado en las ruinas de un establo, predicándole, digámoslo así, desde la cátedra del pesebre con la doctrina del ejemplo, lleva la moderación á su tristeza, la paciencia á su dolor y la fortaleza á su flaca desventura.

¡Ah!, sí; la culpa de Adán lo vistió de flaqueza, llenó de abrojos sus caminos, puso el frío y el calor en su atmósfera, desencadenó los elementos, y amotinó en contra del hombre todas las cosas criadas, que antes le rindieran obediencia; y estas penas que sufre como expiación de la culpa cometida por nuestros primeros padres, ve que rodean y envuelven al Hijo inocente de María sin mancilla, y traen dolor á sus entrañas é inmenso quebranto á su corazón.

Pero el nacimiento del Hijo del Eterno, que en el punto de abrir los ojos á la luz comienza á padecer para convertir la flaqueza de la humanidad en valentía y subir al trono del mundo á su antiguo rey destronado, lo exhorta, lo persuade, lo enardece, y aquella frente inclinada por el dolor producido por un niño inocente que sufre, se levanta para padecer con más violencia la desnudez del Niño Dios, pero se levanta resignada con la sublime enseñanza del Verbo encarnado.

El lago de penas en que está sumergido su corazón se convierte en inmenso mar con la consideración de la pobreza del Salvador recién nacido; pero ya no es náufrago, que entre agonías de muerte trabaja por llegar á la orilla; que es piloto, que aunque rodeado y envuelto por las olas, de su bravura no teme y con su grandeza no se acobarda. José, cristianos, para decirlo de una vez, es el hombre de la vieja Ley, que se entristece con el corazón de Adán y llora con las lágrimas de Jacob, fortalecido con el llanto de Jesús para dar ejemplos heroicos de resignación cristiana á todas las almas, á quienes Jesús ha

de vestir de su gracia con aquella desnudez, y *ha de hacer ricas con aquella su mísera pobreza* (1). En medio de la indigencia que los rodea, de la que traen origen muchas desventuras, á la dudosa luz de la luna, que penetrando por entre las aberturas de aquel establo desvencijado y roto, da formas extrañas á todos los objetos, haciéndolos oscilar aparentemente con la titilación de sus rayos, paréceme estar viendo en Jesús á Moisés mecido en su cesta por las ondas del Nilo, y en José y María á la hermana de Moisés, que, entre las palmeras de la orilla, tiene fijos los ojos, llenos de afán, en los vaivenes de la cuna, mientras que el corazón, colmado de dolor, todo lo espera de las manos del Eterno.

II

Los ángeles.

Pero Dios alegra y glorifica á los que con él se entristecen y sufren. *Si tamen, compatimur ut et conglorificemur.* Y he aquí, que en el silencio de la noche llega hasta los oídos de José y de María una muy suave música de una melodía tal, que en nada se asemeja á los cantos de la tierra, y entre los dulcísimos acordes de aquellas cítaras bajadas de los cielos, se escuchan voces de ángeles cantando: *Gloria á Dios en las alturas, y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad* (2). José ve á los ángeles cernerse por encima de la gruta y contemplar con ávidos ojos al divino Infante recién nacido, como bandada de sedientas palomas sobre los arroyuelos de las aguas. En Jesús está la vida, que ellos viven en el cielo, la vida que ha descendido á la tierra para ser la luz de los

(1) II Cor., VIII, 9.
(2) Luc., II, 14.

hombres. *In ipso vita erat, et vita erat lux hominum* (1). Allí están los ángeles glorificando la pobreza con que nace el Redentor, y de aquella gloria también está participando José, que antes con Jesús ha padecido. *Si tamen compatimur ut et conglorificemur.*

Pero al tornarse en gozo la tristeza de José, en nada es alterada su humildad. Alégrase José de todo corazón, porque los cielos se han abierto y han venido sus espíritus de parte de Dios á coronar la pobre gruta del Príncipe recién nacido; pero no atribuye á sus propios merecimientos el resplandor en que los ángeles lo bañan, al iluminar á Jesús, y ni aun siquiera piensa que por recompensa de sus virtudes siente aquella alegría en su alma. Alégrase porque honran al divino Hijo de su Inmaculada compañera; alégrase porque Dios es alabado; alégrase con María y se regocija con los ángeles, y aunque con sus labios guarda silencio respetuoso, como María, allá dentro, en el fondo de su alma, está repitiendo con aquellos espíritus bienaventurados: *Gloria á Dios en las alturas, y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad.*

Y si los favores del cielo, al llenarle de regocijo, no lo ensoberbecen, las honras de la tierra, prodigadas al Niño, que le han confiado, en nada alteran su manso corazón. Ensoberbecióse Amán por los honores que como á primer ministro del rey Asuero le tributaban sus vasallos; quisieron alzarse nuestros primeros padres con la gloria de Dios deseando saber tanto como él, porque se vieron hechos reyes guardadores de la tierra; amotinó Luzbel innumerables escuadrones de espíritus celestes, para sentarse en el trono del Altísimo, porque se consideró como el primero y el más bello de los arcángeles; y Dios, que ha dicho que no dará su gloria á otro, *gloriam meam alteri non dabo* (2), humilló su hinchado orgullo, tornando á Amán los honores en infamia, volviendo esclavos, de reyes que

(1) Joan., I, 4.
(2) Isai., XLVIII, 8.